

JOAQUIN M. GARCIA DE DIOS

¿Qué es lo que de verdad funciona en tu escuela?



Los Directores, a veces, se preguntan: ¿qué es lo que de verdad funciona en mi escuela? Por la mañana llegan los niños y por la tarde se van: eso funciona casi siempre, excepto en raros periodos de huelga. Por la mañana llegan los profesores, casi todos los profesores y, por la tarde, todos o casi todos se van enseguida. Hay clases, hay pupitres, hay rutina y hay creatividad. Pero, ¿qué es lo que de verdad funciona notablemente bien, de tal manera que pudiera decirse: venid y ved que esto no falla?

Esta misma pregunta se la hicieron otros compañeros tuyos, Directores de Centros del Estado americano de Colorado, y lograron una amplia respuesta a lo largo del país, después de una investigación rigurosa. El tema fue mucho más amplio: «¿Qué funciona educativamente en casa, en clase, en la escuela?» Aquí recogemos sólo algunas respuestas que animen de verdad a comprobar, investigando, qué es lo que funciona en clase.

1. La clase de Ciencias

«Los niños aprenden ciencias mucho mejor cuando son capaces de experimentar y ser testigos de lo que suele llamarse «ciencia en acción».



Es necesario que un profesor informe y explique, pero eso no es garantía de que el niño aprenda un principio científico. La relación causa-efecto no siempre se capta fácilmente y sólo un buen experimento, hecho por ellos mismos, le ofrecerá garantía de que eso es así.

Por ejemplo, si le preguntas a un niño a qué velocidad cae un balón de baloncesto desde una altura de dos metros y a qué velocidad cae, desde esa misma altura, una pelota de ping pong, el niño se dejará llevar normalmente de su intuición: «el balón llegará antes al suelo porque es más grande y más pesado». Que lo compruebe: se dará cuenta de los efectos de la gravedad sobre ambos cuerpos.

Para todo ello es muy bueno hacer siempre el experimento; pero, antes, jugar un poco a la «predicción» de qué es lo que va a pasar y en qué razones o intuiciones se fijan para su afirmación previa. Es una excelente forma de introducir en clase el «método científico»: separar claramente los «hechos» de las «opiniones» no contrastadas.

2. La idea de cálculo

«Los niños necesitan saber cómo hacer una cuenta o resolver con exactitud un problema de aritmética; pero los buenos alumnos logran, además, el sentido del cálculo».



Por ejemplo, es muy frecuente oír en la escuela: «Es muy fácil que sume, reste, divida o multiplique, hace las cuentas exactas; pero luego es un despistado, no calcula: le da lo mismo que una puerta tenga seis metros que tres, cuando el hueco donde va a ser colocada tiene solamente dos metros y cincuenta centímetros. Multiplica, divide, pero no calcula».

Los niños que «calculan» saben, por ejemplo, redondear las cifras: «pongamos que la puerta tiene dos metros pasados y el hueco también... yo creo que entra en su sitio...» «Tengo dos mil ptas. en el bolsillo: 300, aproximadamente para comer, 250 para la entrada del cine, 90 para el autobús... bueno, me llegan».

Más que fijarse en los pequeños datos de si las cifras «dan o no dan», se fija en los resultados globales, maneja bien las decenas, centenas, millares y sabe «calcular» debidamente.

La habilidad de «cálculo» vale no sólo para la aritmética: la historia, el arte, la sociología, la relación humana exigen esta sabiduría continuamente.

3. Lectura comprensiva

«Los niños aprenden más en clase de lectura cuando el profesor les informa previamente del tema y termina con una discusión sobre el mismo».



Los niños pequeños y los lectores mediocres de cualquier edad no ven fácilmente la conexión entre lo que ellos leen y lo que ya conocen sobre ese mismo tema. Cumplen, leen, deletrean, pero no se «enteran» demasiado. En

cambio, cuando se les informa previamente de qué va la historia, en qué pueden fijarse, logran conectar mejor lo leído con sus propios recuerdos, ideas y sentimientos. En consecuencia, la lectura se integra más en su propia vida.

No se trata, por supuesto, de «des-tripar» el contenido o misterio de la lectura sino de trazar los caminos y poner las señales de atención, interpretando algunas palabras, sugiriendo preguntas, poniéndole en ambiente: es como ofrecerle un plano-guía de carreteras.

Finalmente, «funciona» muy bien al acabar con una discusión sobre el tema: quién, cómo, dónde, cuándo, qué, por qué, etc. Esto le valdrá no sólo para recordar la historia sino también para crear en su mente una estructura de buen lector: la próxima vez, mientras lee, automáticamente le estarán funcionando las preguntas posibles.

4. Contar cuentos

«Los niños gustan de oír cuentos. Los buenos profesores son grandes contadores de cuentos. Es una excelente forma de comunicar valores, sentimientos y generar interés por las cosas y las gentes.»



El «contar cuentos» funciona cuando se quiere que los niños se aficionen a la literatura. Es una realidad: los niños vuelven luego a leer lo que el profesor les contó y vibran con la emoción percibida en la voz del maestro.

El «contar cuentos» funciona como ejemplo vital de valores, exaltación de los personajes, animación, te implica en lo que otro hace, selecciona sentimientos y hace sintonizar a la clase con lo que realmente se busca como patrimonio común, sin necesidad de andar buscando moralejas.

El «contar cuentos» lleva a los alumnos a poner en acción sus mismas aventuras, representarlas, identificarse con los personajes, conocerse mejor

entre sí, mejorar su facilidad de expresión y trasladar a situaciones reales lo que parecía sólo real en los libros.

El «contar cuentos» hace funcionar la imaginación, crea mayor número de lectores y da a los niños un sentido de admiración de las cosas que le rodean.

5. Enseñar a escribir

«Los niños aprenden a escribir cuando se pone en práctica el proceso-4: promoción de ideas/composición/revisión/edición»



El «escribir bien» lleva consigo actividades paralelas: recoger ideas, estructurarlas, ponerlas en común, discutir, editarlas, recibir la aceptación/no aceptación de los demás, comunicarse. Y, por supuesto, hacer todo el proceso muchas veces y en diversas asignaturas: no solamente en literatura, ya que cada cual tiene su lenguaje y no precisamente poético o literario sino científico, geográfico, lúdico, etc.

«Promoción de ideas»: en común con todos los demás, hablando del tema, discutiendo, recogiendo datos que aportan los demás, dándose cuenta de los intereses dominantes y, por supuesto, haciendo promoción de ideas dentro de uno mismo.

«Composición»: intento de estructurar y organizar datos, forma de presentarlos, borradores compartidos, ver qué hacen otros, explicar la idea a un compañero.

«Revisión»: los escritores consumados, a veces, prefieren no hacerlo hasta la redacción definitiva; pero muchos si leen para ver cómo reaccionan ciertas personas de sensibilidad especial. Los alumnos, generalmente, necesitan ayuda para clarificar mejor una idea o que le ayuden a buscar nuevas formas de expresión.

«Edición»: no se escribe para que quede muerto en la libreta; es necesario buscar medios de expresión: periódicos, murales, poesías en el tablón de anuncios, en la cafetería, con motivo de cualquier acontecimiento. La edición es siempre algo motivador y fundamental.

6. Habilidad y esfuerzo

«Los niños, a medida que crecen, se van dando cuenta que no es lo mismo trabajar mucho en clase y ser muy inteligente.»



Cuando los niños comienzan la escuela con aquello de «¡estudia mucho, trabaja, no pierdas tiempo!», que le dicen continuamente sus padres, piensan que es lo mismo trabajar-mucho y ser-inteligente o brillante alumno. En consecuencia, cuando reciben una nota baja, lo atribuyen siempre a que no han trabajado bastante.

Por su parte, los profesores, con los niños pequeños, insisten en lo mismo: «¡Mira cómo trabaja Marta!» Los alumnos, entonces, se matan a trabajar más que a fijarse en la calidad, forma y habilidad del trabajo. Pero, andando el tiempo, se dan cuenta que las cosas no son así: al contrario, ven que, cuando no hay habilidad suficiente, el esfuerzo es mucho mayor para conseguir el mismo producto. Y lo que se premia de verdad es la velocidad y calidad del acabado, más que el esfuerzo por conseguirlo.

Todavía más: el estudiante que «se esfuerza mucho» no tiene buen cartel. En consecuencia, «el esfuerzo» en sí mismo comienza a depreciarse un poco. Resultado: los alumnos con grandes posibilidades se quedan a mitad de camino porque logran resultados buenos, pero no brillantes. El «esfuerzo» no está bien visto porque al «esforzarse» que no obtiene buenos resultados se le compece.

Habría que hacer un buen intento para cambiar las cosas: a los que necesitan un gran «esfuerzo», estimularles con el éxito de los resultados obtenidos; pero, a los que tienen gran «habilidad», estimularles en función del grado que han desarrollado su propio potencial y no tanto por «cubrir el expediente», que a otros les cuesta mucho más. Otra vez más, se comprueba que las notas, a veces, miden resultados según un baremo típico para todos, pero no garantiza la atención y el desarrollo personal.